

# Alfonso Leng Haygus



**Alfonso Leng Haygus** nació en Santiago el 11 de febrero de 1884 y falleció el 7 de noviembre de 1974.

El compositor Alfonso Leng es uno de los casos más singulares de la música nacional. De formación autodidacta, no realizó estudios sistemáticos de música, sino que sólo asistió por un breve período durante 1905 a los cursos de armonía y composición que dictaba el maestro Enrique Soro en el Conservatorio Nacional de Música. Sin embargo, sus prematuros intereses artísticos lo llevaron desde muy joven a integrar algunas de las instituciones musicales de carácter privado que funcionaron en Santiago en las primeras décadas del siglo XX. Entre ellas, agrupaciones como Los Diez, la Academia Ortiz de Zárate y la Sociedad Bach, que reunían a músicos especialistas y aficionados en torno a la búsqueda común de una estética moderna y progresista.

En forma paralela a su actividad musical, Alfonso Leng se destacó en el ámbito científico. En 1909, obtuvo el título de dentista, fundando luego las cátedras universitarias de Parodontia y Química Fisiológica, para finalmente ser nombrado primer decano de la Facultad de Odontología de la Universidad de Chile en 1945. Asimismo, fue miembro de instituciones científicas en Estados Unidos, Inglaterra e Italia, e integró las facultades de Odontología de Cuba, Argentina y Perú.

Alfonso Leng tuvo una activa participación en la bullente escena de la música académica en Chile durante la primera mitad del siglo XX. Intervino en la reforma del Conservatorio Nacional de Música y en la creación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile y participó en el Instituto de Extensión Musical de esta casa de estudios, colaborando en el diseño de los Festivales de Música Chilena que se desarrollaron desde 1948 en adelante.

Formó parte fundamental del paisaje cultural de principios del siglo XX. Activista incansable, su presencia fue señera y sistemática dentro de diversos ámbitos de la cultura, entre los que se cuentan el grupo de Los Diez, hermandad de poetas, novelistas, músicos y pintores que, estimulados por propósitos comunes, se reunieron para compartir sus experiencias artísticas, la Academia Ortiz de Zárate, las conferencias y recitales en casa de la familia García Guerrero, las reuniones musicales en casa de don José Miguel Besoain y de don Luis Arrieta Cañas, las tertulias de la familia de Marta Canales y las decisivas reuniones de la Sociedad Bach, entidad que renovó la actividad musical chilena de manera integral.

El estilo de Alfonso Leng como compositor proviene del posromanticismo alemán, con Wagner, Strauss y Schumann como referentes principales. Sin embargo, también es posible apreciar en su música reminiscencias de la escuela francesa del impresionismo.

Entre sus obras más destacadas se cuenta el poema sinfónico *La muerte de Alsino* (1922), basado en la novela *Alsino*, de Pedro Prado, miembro fundador del grupo Los Diez. Esta composición es considerada como la mayor contribución de Leng al sinfonismo chileno del período. Su obra *Andante para cuerdas* (1905) da cuenta de su temprano interés por el lenguaje posromántico, mientras que sus piezas para piano denominadas *Doloras* (1914) son lo más representativo de su

escritura pianística. Cabe destacar además su interés por el *lied*, a través del cual musicalizó poemas de autores franceses, alemanes y chilenos.

En reconocimiento a su labor musical, Alfonso Leng obtuvo el Premio Nacional de Artes en 1957.

# LETRAS ARTES

# Tomataire

# CIENCIA

---

AÑO I — N° 7
Santiago, de Chile, Julio-Agosto de 1957
\$ 50.—

## ALFONSO LENG, humildad y asombro

Alfonso Leng Hayuga, vestido con delantal blanco y atendiendo su consultorio de dentista a desempeñando una cátedra en la Facultad de Odontología. Fue sorprendido este año con el Premio Nacional de Arte. El Jurado presidido por el Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas, y que integraban Alfonso Leñier, Decano de la Facultad de Música, Elisa Gayán, representante del Ministerio de Educación, Domingo Santa Cruz, delegado de la Asociación Nacional de Compositores, y Carlos Melo Cruz, delegado de la Sociedad de Compositores, dió su voto unánime para la honrosa distinción conferida al autor de "La Muerte de Ailino".

Ya hace años se hablaba entre los músicos de dar a Alfonso Leng el Premio Nacional de Arte. Los rumores llegaron a su conocimiento y en una carta pública expuso el autor de "Las Doleras" que no pensaría que su nombre pudiera entrar en tal discusión, ya que, a su juicio, "esa distinción debe recaer en un músico profesional, no en un aficionado". Esta vez, el "aficionado" no tuvo tiempo de reaccionar, porque la decisión del Jurado fue rápida. Pero también fue justa.

Alfonso Leng, nacido en 1884, entraza con su vida y su obra un período de transición en el desenvolvimiento artístico chileno. A él, como a otros músicos, pintores, poetas y escritores, le correspondió recoger una herencia romántica, salvar lo mejor de sus enseñanzas y proyectarlas hacia el presente, inaugurando el modernismo por medio de una nueva sensibilidad antes que por una doctrina estética determinada. Un viajero al ambiente musical chileno de fines del siglo pasado no ayudará a comprender mejor.

Nuestro centenario Teatro Municipal era por entonces el foco abso-luto de la vida artística y musical santiaguina. Largas temporadas de ópera italiana mantenían al público de entonces al día con la producción operística italiana y francesa, a todo costo, como que se importaban los conjuntos completos, desde "los divos" al último corista. Chile vivía su-liza música y gustaba alegremente sus fáciles di-vinas. La sociedad adoraba las garzas porfingidas, al extremo de arrastrar sus coches por la calle, y de tomar con joyas y otros obsequios, que publi-caban los diarios de la época a las "prima donna" o al artista de sus preferencias. El año en que nació Alfonso Leng, actuaba en Santiago la compañía Sa-velli, que debutó el 15 de mayo y terminó el 4 de noviembre, con un total de cien funciones. Además del repertorio habitual de Bellini, Donizetti, Verdi, Puccini y Meyerbeer, ese año se dieron a conocer al público "Carmen", de Bizet, y "Ero y Leandro", de Botticini.

Toda esta afición lírica había creado una estimación errada en cuanto a la vida musical. Teníamos ópera, pero no conciertos; se adoraba a los cantantes y se estimulaba el "bel canto", pero no te-níamos compositores; gustábamos más, larguísima en sí, una música escuela preparatoria de músicos pa-lans y otros jóvenes de su edad se acercaban a los veinte años, las cosas artísticas no habían cam-biado mucho. Pero ellos sentían en su interior la necesidad de cambiarlas. Eran inquietos, estudiables y líricos, en un mundo sin radios, sin aviones, casi barre-tilidad europea, con textos musicales, ediciones, par-titura, lírica. Mostraban un universo que Chile, en su ge-neralidad, ignoraba. Todavía entre nosotros no se habían ejecutado todas las sinfonías de Beethoven, ni

las Cantatas de Bach; se desconocía la música rena-centista, y del romanticismo ni Brahms, ni Schumann eran cosa gustada. En tiempos en que Leng se de-claró a ir al encuentro de la música, el estado mu-sical de Santiago (y de Chile) se sintetiza en este párrafo escrito por el maestro Esteban Giarrá en una de sus conferencias:

"El año 1905, en que llegué a Chile, no estaba ningún compositor de música. Cuando al año si-guiente quise iniciar los conciertos clásicos, todos me desanimaron, diciéndome: "Aquí no se dan nunca conciertos; años atrás se fundó un cuarteto que no tuvo aceptación. Resuécite a su hijo, porque irá al fracaso, ya que aquí sólo gusta la ópera. El Teatro Municipal es el único atractivo del público".

Leng se reunió con otros amigos músicos tales co-mo él. Formaron una tertulia musical en que se discutió, estudiaba y se analizaban partituras. Llegados por su intuición y su amor a la música verdadera, desfiló ante sus ojos las sociedades mágicas de Debussy, de Ravel, de Cyril Scott, y aun de Schönberg. Su reacción, contra el medio ambiente los llevó a des-preciar la enseñanza conservadora, y Leng sólo du-rante algunos meses asistió a clases de composición. De allí en adelante caminaría solo. Tenía algo en su favor y es lo que su amigo y compadre Alberto Gar-cía G. llamó una vez "conocer la técnica del arte antes de aprenderlo en los libros". Alberto García Guerrero y su hermano Eduardo, fueron no sólo íntimos amigos de Leng sino que, como él, buscaron en su tiempo por abrir caminos en Chile a la música de calidad y a los primeros albores del modernismo. Era el camino que seguirían con ellos Cutapos, Lavín, Bisquert y los Allende. Diciendo conferencias, ejecu-tando obras, actuando con autoridad en la crítica musical, los García Guerrero impulsaron en gran ma-nera el desarrollo del gusto por la música, en una época en que todavía no había orquestas sinfónicas ni interpretadas de conciertos permanentes. Leng re-cibió de ellos el impulso de renovación y el estímulo para sus primeros pasos como compositor. Junto con los primeros años de este siglo, comienzan a aparecer las composiciones de Leng. Trácese del intento aban-donado de realizar la ópera "María", sobre la novela de Itasca, o de las temporadas "Doleras" para piano, lo que sorprende en Leng es la personalidad de su acento, hecho de una pieza. Cierta romanticismo fun-damental, envuelto en un colorido armónico muy suyo, se desprende de sus temas y melodías aco-gidos con nobleza. Así la serie de "lieders" para voz y piano, con textos alemanes, franceses y castellanos pertenecen a lo mejor de su pluma. Uno de ellos, "Cima", traducido con vigor el exaltado acento de Gabriela Mistral. Leng, vinculado al grupo de renova-ción artística, denominado "Los Diez", cultivó gran actividad en las actividades musicales. Otra obra sinfónica, admi-rable como concisión, como expresión lírica a través de la máxima simplicidad de medios es "Carlo de Isvierno". También destaca la "Fantasía para piano y orquesta". Aun dentro de su personal modo de ex-presión sonora, la "Sonata para piano" (1930) es un avance, una decantación maestra de sus facultades creadoras.


Leng, "místico aficionado" como él se llama, no vive ciertamente de la música. Pero no es acen-sado sostener que vive para ella. Lo dice y lo da su gusto tiene, y es mucho; el orgullo de una perso-nalidad que no sabe de halagos; la solitaria búsqueda de un camino en desafío del medio ambiente; la sin-ceridad creadora, libre de fórmulas y de modas. Al entregarse el Premio Nacional de Arte, el Jurado dis-tingió el fruto valioso de una voluntad, un talento y un esfuerzo singulares en el proceso de dignifi-cación de la música chilena en este siglo.

DANIEL QUIROGA.

Por Daniel Quiroga

las Cantatas de Bach; se desconocía la música rena-centista, y del romanticismo ni Brahms, ni Schumann eran cosa gustada. En tiempos en que Leng se de-claró a ir al encuentro de la música, el estado mu-sical de Santiago (y de Chile) se sintetiza en este párrafo escrito por el maestro Esteban Giarrá en una de sus conferencias:

"El año 1905, en que llegué a Chile, no estaba ningún compositor de música. Cuando al año si-



SUMARIO

Teatro, por Sergio Vodanovic	2
Vicuña Mackenna, por Gabriel Sanhueza	3
Nerón, por Germán Arciniegas	4
Marlan Anderson, por C. van Vechten	6
Palabras Cruzadas	7
Manuel Rojas, por Gustavo Labarca G.	8
Una página de "Hijo de Ladrón"	10
Los Cien Años de Conrad	11
Poetas de América: Vincent Benet y Ómez Correa	12
El mes de los libros, por Plinio Tercero	13
Exposiciones, por Víctor Carvacho	14
Cuándo la ciencia médica era magia	16

memoriachilena.cl